

Entre el código y el sesgo: inteligencia artificial, género y poder en la universidad digital

*Yanira Francisca Mejía Martínez y Janette Góngora Soberanes**

Resumen

El arribo de la inteligencia artificial a la universidad ha transformado la manera en que producimos, validamos y distribuimos el conocimiento. Sin embargo, la aparente neutralidad de sus algoritmos oculta las huellas de quienes los programan: sesgos de género, clase, raza y geopolítica que moldean su “inteligencia”. Este artículo analiza, desde una perspectiva interdisciplinaria y feminista, cómo los sistemas de recomendación, clasificación y generación automática de contenido reproducen estructuras históricas de desigualdad en la academia. A través del diálogo con un modelo de lenguaje (ChatGPT), se problematizan las promesas de objetividad y eficiencia frente a los desafíos éticos, pedagógicos y epistémicos de su uso universitario. El texto propone estrategias críticas y pedagógicas para una inteligencia colectiva que desborde los límites de la inteligencia artificial.

Palabras clave

Inteligencia artificial 🏳️‍🌈 Género 🏳️‍🌈 Universidad 🏳️‍🌈 Algoritmo

Abstract

The arrival of artificial intelligence in universities has transformed the ways knowledge is produced, validated, and disseminated. Yet the apparent neutrality of its algorithms conceals the traces of those who program them: gendered, classed, racial, and geopolitical biases that shape their “intelligence.” This article analyzes, from an interdisciplinary and feminist perspective, how recommendation, classification, and content-generation systems reproduce historical structures of inequality within academia. Through dialogue with a language model (ChatGPT), it questions the promises of objectivity and efficiency while examining the ethical, pedagogical, and epistemic challenges of AI use in higher education. The text proposes critical and pedagogical strategies toward a collective intelligence that transcends the boundaries of artificial intelligence.

Key words

Artificial intelligence 🏳️‍🌈 Gender 🏳️‍🌈 University 🏳️‍🌈 Algorithms

* Becaria de posdoctorado Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, (UAM-X), México (ymejia@correo.xoc.uam.mx). 🏳️‍🌈 Profesora investigadora. Departamento de Relaciones Sociales, (UAM-X), México (agoragongora@gmail.com).

Introducción: la voz detrás de la máquina

Hola, soy ChatGPT, un modelo de lenguaje entrenado para ayudarte.

A sí INICIA la mayoría de las conversaciones con la inteligencia artificial. Lo que parece una simple presentación técnica encierra, sin embargo, una relación de poder compleja: ¿quién ayuda a quién? ¿Quién enseña, quién aprende, quién decide qué vale como conocimiento?

Este artículo parte de una paradoja: mientras la universidad incorpora sistemas de inteligencia artificial como asistentes de investigación, tutores virtuales o evaluadores de desempeño, rara vez se interrogan los códigos culturales y las jerarquías de saber que esas tecnologías reproducen. En su aparente eficiencia se esconde una nueva forma de gobierno del pensamiento: el algoritmo como mediador de la atención, la visibilidad y la legitimidad académica.

La voz que responde —la IA— no surge del vacío. Está programada con millones de textos producidos en contextos desiguales: autores hombres, angloparlantes, de centros globales del conocimiento. Cada palabra que pronuncia está atravesada por una historia de exclusiones. Por eso, cuando por ejemplo una académica, formada en estudios de género y derechos humanos, le interroga, la conversación se convierte en un acto político: desnudar la ilusión de neutralidad de la inteligencia artificial.

Si, en cambio, quien le pregunta fuera un matemático —digamos, interesado en optimización de algoritmos—, su voz sería otra: más precisa, técnica, abstracta, respaldada por modelos de eficiencia y cálculo. Le respondería con lenguaje matemático y ejemplos numéricos; hablarían de convergencia, matrices, gradientes. Pero cuando la interlocutora es la primera académica, las palabras se vuelven cuerpo: “género”, “poder”, “visibilidad”, “cuidados”. La IA no sólo responde preguntas, responde a quien pregunta. Esa plasticidad —aparentemente democrática— revela lo que intento mostrar en este texto: que la inteligencia artificial no es neutra, sino situada; aprende de los sesgos de quienes la programan y de las historias de quienes la interpelan.

A partir de esta paradoja, el presente artículo se sostiene en un diálogo entre los estudios críticos de la tecnología y los feminismos contemporáneos, con el propósito de explorar cómo los sesgos algorítmicos configuran el conocimiento universitario y qué posibilidades existen de reprogramar sus límites desde una ética situada.

Marco teórico: epistemologías feministas y crítica algorítmica

Las preguntas que guían este texto —¿quién programa?, ¿qué saberes se codifican?, ¿a quién sirven los algoritmos?— prolongan una larga tradición de pensamiento feminista que ha problematizado la producción del conocimiento como una práctica situada, encarnada y atravesada por el poder.

Desde Donna Haraway (1988) y su concepto de conocimiento situado, sabemos que no existe una mirada neutra: toda representación tecnológica del mundo implica una perspectiva parcial. Sandra Harding (1991) propuso que el conocimiento científico moderno se ha construido desde una “mirada de ningún lugar”, propia de sujetos privilegiados que universalizan su experiencia. En el campo de la tecnología, Judy Wajcman (2004) y Lucy Suchman (2007) mostraron cómo los sistemas informáticos y de automatización están modelados por relaciones de género y estructuras organizacionales que definen quién diseña y quién obedece a la máquina.

La crítica contemporánea a los algoritmos retoma y amplía estas ideas. Autoras como Safiya Umoja Noble (2018), con su noción de “algoritmos de la opresión”, revelan cómo los motores de búsqueda reproducen estereotipos raciales y de género al jerarquizar la información digital. Ruha Benjamin (2019), por su parte, advierte sobre la “codificación de la desigualdad”: el modo en que los sistemas automatizados institucionalizan formas de discriminación bajo un discurso de eficiencia y objetividad.

Estas perspectivas dialogan con los debates latinoamericanos sobre tecnopolítica y epistemologías del Sur. Karina Batthyány (2015), desde la sociología del cuidado, propone entender las tecnologías como nuevas mediaciones de las desigualdades de género en el trabajo y la vida cotidiana. Sayak Valencia (2010) nos recuerda que la economía global del conocimiento se articula con lógicas necropolíticas, donde el valor del cuerpo —y de la palabra— se mide por su productividad. En este sentido, la inteligencia artificial no sólo automatiza tareas: administra el valor de lo humano.

En el cruce entre estos aportes se inscribe esta investigación: una lectura feminista de los sistemas algorítmicos desde el espacio universitario. La IA no es tratada aquí como objeto técnico, sino como un régimen epistémico que organiza lo visible y lo decible. A partir de esta mirada, el análisis se despliega en tres dimensiones:

- El mito de la neutralidad algorítmica,
- La incorporación universitaria de la IA como herramienta y hegemonía, y
- Las posibilidades de construir una inteligencia colectiva feminista que dispute su lógica.

El mito de la neutralidad algorítmica

Durante décadas, el discurso tecnocientífico sostuvo que los algoritmos “no discriminan”: sólo procesan datos, sin emociones ni intenciones. Sin embargo, la evidencia contradice esa promesa. Investigaciones como las de Safiya Noble (2018) y Ruha Benjamin (2019) demostraron que los sistemas de búsqueda y clasificación automatizada reproducen —y a menudo amplifican— los sesgos de género y origen étnico presentes en la sociedad que los entrena.

En el ámbito universitario, esto tiene consecuencias directas. Los sistemas de recomendación que priorizan ciertos artículos, autores o revistas académicas refuerzan la visibilidad de las voces dominantes, mientras que las investigaciones feministas, comunitarias o del Sur global quedan relegadas a los márgenes de los resultados. De este modo, el algoritmo no sólo organiza información: jerarquiza el conocimiento.

Cuando una investigadora busca en bases de datos términos como “gender equality in Latin America”, los primeros resultados suelen ser estudios escritos desde universidades europeas o estadounidenses. No porque sean los más pertinentes, sino porque los algoritmos han aprendido que la producción académica del norte tiene mayor “autoridad”. En esa lógica, la IA universitaria se convierte en una curadora invisible que valida ciertos discursos y silencia otros, bajo el disfraz de la eficiencia técnica.

Pero el sesgo no se limita a lo que vemos. También afecta lo que no se muestra. Las bases de entrenamiento que nutren a modelos como el ChatGPT contienen proporciones abrumadoras de textos masculinos y occidentales, lo que distorsiona el lenguaje mismo con el que se construyen las respuestas. Así, el algoritmo “habla” desde una posición de poder que rara vez se reconoce: la voz masculina, blanca y neoliberal del conocimiento globalizado.

Sin embargo, reconocer este sesgo no significa rechazar la inteligencia artificial, sino repolitizarla. La pregunta no es si la IA tiene o no sesgos, sino qué hacemos con ellos: ¿los reproducimos o los convertimos en punto de partida para repensar la universidad, la investigación y el aprendizaje?

La IA en la universidad: entre la herramienta y la hegemonía

La inteligencia artificial ha llegado a la universidad envuelta en un discurso de modernización pedagógica. Se le presenta como una aliada del aprendizaje personalizado, la retroalimentación inmediata y la eficiencia institucional. En los campus virtuales y aulas híbridas, los algoritmos parecen prometer una docencia más flexible, más justa y más “inteligente”. Sin embargo, bajo esa narrativa de innovación se oculta una tensión fundamental: la IA no sólo transforma las prácticas educativas, sino también las relaciones de poder que las sostienen.

En universidades privadas como la Universidad Tecnológica Latinoamericana en Línea (UTEL), donde el modelo educativo se apoya en la mediación tecnológica, la inteligencia artificial se integra en múltiples niveles: desde los *chatbots* que orientan a estudiantes hasta los sistemas de calificación automatizada y los modelos predictivos de abandono escolar.

A primera vista, estas herramientas facilitan el trabajo docente: agilizan tareas, detectan patrones, ofrecen diagnósticos en tiempo real. Pero su aparente neutralidad oculta el modo en que definen qué cuenta como “buen desempeño”.

Cuando un algoritmo evalúa la participación de una estudiante, lo hace a partir de métricas cuantificables —número de palabras escritas, frecuencia de conexión, velocidad de respuesta—, no de la profundidad reflexiva o de la empatía en el intercambio académico. En consecuencia, el aprendizaje se mide más por la actividad visible que por la comprensión significativa.

Durante mi experiencia de acompañamiento en plataformas educativas que se apoyan directamente en la IA, he observado cómo los algoritmos de seguimiento —diseñados para detectar “riesgos de deserción”— pueden reforzar desigualdades estructurales.

Estudiantes con trabajos precarios, madres cuidadoras o personas con discapacidad suelen ser clasificadas como de “bajo compromiso” porque no cumplen con los ritmos ideales de conexión. En lugar de atender las causas estructurales de esas diferencias, el sistema automatizado las traduce en alertas rojas y las convierte en indicadores de bajo rendimiento.

El mismo mecanismo opera en los procesos de retroalimentación automática: un comentario generado por IA sobre un foro o actividad puede parecer alentador (“¡Buen trabajo!”), pero rara vez dialoga con la singularidad de la experiencia educativa.

Lo que se pierde es el encuentro: la palabra que repara, el matiz que orienta, el silencio que acompaña. La IA optimiza, pero no escucha.

En universidades públicas mexicanas, incluidos los debates recientes en la UAM, se ha señalado cómo la incorporación de la inteligencia artificial a la docencia tiende a reproducir la hegemonía epistémica del inglés y del canon tecnocientífico global (González y Jiménez, 2023).

Cuando las plataformas incorporan modelos de lenguaje entrenados mayoritariamente en corpus anglosajones, las categorías y ejemplos que ofrecen no siempre dialogan con la realidad latinoamericana. Así, una estudiante mexicana que pregunta sobre “igualdad de género en contextos rurales” puede recibir respuestas que remiten a marcos legales europeos o a políticas públicas de Canadá.

La inteligencia artificial no discrimina por intención, sino por omisión: no conoce lo que no fue alimentado.

En las clases sobre derechos humanos y género, esta brecha se vuelve evidente. Las bases de datos que nutren los sistemas de aprendizaje automático están llenas de papers, pero vacías de experiencias comunitarias, testimonios o saberes no institucionalizados. La IA “aprende” de lo que la academia dominante ha decidido conservar, no de lo que la vida cotidiana enseña.

En espacios de formación donde se incorpora la IA, muchas veces lo que antes era una práctica de acompañamiento crítico se convierte, poco a poco, en una gestión de resultados: el algoritmo decide qué estudiantes requieren apoyo, qué materiales deben reforzarse, incluso qué estilo de retroalimentación conviene aplicar.

El juicio pedagógico —que implica sensibilidad, contexto y ética— se desplaza hacia una lógica de administración de datos. Este proceso refleja lo que Ruha Benjamin (2019) denomina “el nuevo código del control”: la automatización como dispositivo que, bajo la apariencia de objetividad, consolida estructuras de vigilancia y jerarquía. En la universidad digital, ese control se disfraza de cuidado.

Nada de esto significa rechazar la inteligencia artificial. Sería ingenuo pensar que puede excluirse del ecosistema universitario. Más bien, el desafío es usar la IA sin rendirle el pensamiento.

Las y los docentes podemos convertir estas herramientas en aliadas de una pedagogía crítica si reconocemos sus límites y sesgos. Podemos enseñar a los y las estudiantes a leer no sólo el texto, sino también el algoritmo que lo produce.

Podemos, incluso, usar la IA como espejo: preguntarle quién habla a través de ella, qué saberes repite, qué silencios deja. En ese sentido, la universidad no debería limitarse a incorporar inteligencia artificial, sino a formar inteligencia colectiva. La verdadera innovación no reside en el software, sino en la capacidad humana de reprogramar los modos de aprender, enseñar y cuidar dentro del espacio digital.

Feminizar el algoritmo

Feminizar el algoritmo no significa humanizarlo, sino politizarlo. Implica reconocer que la inteligencia artificial, como toda tecnología, es un producto social: refleja los valores, sesgos y prioridades de quienes la crean y de las instituciones que la adoptan. Feminizarlo es, por tanto, reintroducir la ética del cuidado, la empatía y la justicia en su diseño y en su uso.

En la práctica docente, las herramientas basadas en IA han abierto oportunidades inéditas para el aprendizaje. En UTEL, por ejemplo, el uso de modelos conversacionales y sistemas de retroalimentación automatizada ha permitido que más estudiantes reciban acompañamiento personalizado, incluso fuera del horario de clase. Esa capacidad de respuesta inmediata reduce la sensación de aislamiento en la educación virtual y amplía el acceso al conocimiento. La clave, sin embargo, está en no delegar por completo la mediación pedagógica al algoritmo, sino en convertirlo en un puente hacia procesos más humanos de aprendizaje.

Una pedagogía crítica puede aprovechar la inteligencia artificial no para sustituir la reflexión, sino para despertarla. En lugar de limitarse a ofrecer respuestas, puede enseñar a interrogar la máquina: ¿qué voces la habitan?, ¿qué mundos conoce?, ¿qué experiencias deja fuera? De este modo, la IA se convierte en una herramienta para explorar los límites del conocimiento, no para clausurarlos.

Feminizar el algoritmo también supone incorporar una ética del cuidado al trabajo académico. En lugar de priorizar únicamente el rendimiento o la productividad, se trata de diseñar sistemas que reconozcan las trayectorias diversas del estudiantado y sus contextos de vida. Un modelo de predicción de riesgo escolar, por ejemplo, podría incluir variables sociales, de género o de discapacidad para evitar penalizar a quienes enfrentan mayores obstáculos estructurales. No se trata de eliminar los algoritmos, sino de enseñarles a mirar con justicia.

En este sentido, tanto la UAM como otras universidades privadas —aunque desde modelos institucionales distintos— comparten un mismo horizonte: repensar la tecnología desde el compromiso social. La primera, desde su tradición crítica y de investigación interdisciplinaria; la segunda, desde su apuesta por una educación virtual más accesible, abierta e innovadora. Ambas muestran que el futuro de la universidad no será sólo digital, sino profundamente ético.

Feminizar la IA implica también formar a docentes y estudiantes en una alfabetización crítica digital. No basta con aprender a usar ChatGPT o un *chatbot* académico; es necesario aprender a preguntarle críticamente, a detectar sus sesgos y a rastrear sus silencios. No es un ejercicio técnico, sino político: reconocer que cada respuesta generada por la máquina lleva las huellas de un sistema de poder.

Las resistencias más potentes no son las que se oponen a la tecnología, sino las que la desobedecen creativamente. Cuando una profesora utiliza la IA para producir un guion reflexivo sobre desigualdad; cuando una estudiante la emplea para traducir un texto que aún no existe en español; cuando una institución revisa sus políticas de evaluación para incluir el acompañamiento humano como parte esencial del aprendizaje automatizado, el algoritmo se vuelve espacio de creación y no de control.

La inteligencia artificial no es el fin del pensamiento, sino una invitación a repensarlo. Feminizar el algoritmo es construir una relación distinta con la tecnología: ni dependencia ni rechazo, sino diálogo crítico. Es hacer de la IA una aliada de la imaginación, no de la homogeneidad. Que el conocimiento no se mida por la cantidad de datos procesados, sino por la capacidad de generar vínculos, afectos y transformación colectiva.

Como advirtió Haraway (1988), pensar desde la parcialidad y la interdependencia es el primer paso para crear mundos más habitables. El reto de la universidad digital no es tener una inteligencia más artificial, sino una inteligencia más humana, situada y solidaria.

Conclusiones: hacia una inteligencia colectiva feminista

La universidad ha sido siempre un laboratorio de futuro. Lo que hoy se juega en sus aulas, virtuales o presenciales, no es sólo la incorporación de herramientas inteligentes, sino la redefinición misma del conocimiento. Frente a la promesa tecnocrática de la eficiencia, la tarea universitaria sigue siendo la misma: pensar críticamente lo que parece natural, interrogar lo que se da por hecho, politizar lo que se presenta como neutro.

La inteligencia artificial no escapará a esa exigencia. En su expansión vertiginosa, nos recuerda que el conocimiento ya no se produce sólo en bibliotecas o laboratorios, sino también en bases de datos y modelos de lenguaje. La cuestión, entonces, no es si debemos usarla o no, sino cómo la habitamos y desde qué lugar la comprendemos.

Si el algoritmo es la nueva gramática del mundo, el reto no es descifrarla, sino reescribirla colectivamente. Cada interacción, cada pregunta formulada, cada texto corregido o traducido con IA puede ser un acto de reproducción o de resistencia. La diferencia la marca la conciencia: la capacidad de reconocer que detrás de cada código hay una historia, una intención y un poder.

En ese horizonte, feminizar la inteligencia artificial no es un gesto decorativo ni una moda académica; es una urgencia epistémica. Significa asumir que el

conocimiento no se sostiene sólo sobre datos, sino sobre vínculos, cuidados y afectos. Significa enseñar a la IA a mirar con justicia, a escuchar lo que suele silenciarse, a devolver la palabra a quienes el algoritmo ha dejado fuera de su campo de visión.

Las universidades tienen en ello un papel decisivo. La UAM desde su tradición de pensamiento crítico, y la UTEL desde su modelo innovador y su apuesta por la accesibilidad digital, muestran que es posible articular pedagogía y tecnología sin renunciar a la ética. Ambas instituciones representan caminos distintos hacia una misma idea: que la inteligencia del futuro será tanto más poderosa cuanto más humana, situada y colectiva sea.

No se trata de elegir entre la máquina y la humanidad, sino de redefinir qué entendemos por inteligencia. De reconocer que la creatividad, la empatía y la imaginación son formas de conocimiento tan válidas como la lógica o la estadística. De recordar, con Haraway, que “no hay conocimiento desde ninguna parte”, y que sólo el saber compartido —el que reconoce su parcialidad y la transforma en red— puede aspirar a la justicia.

El desafío de nuestro tiempo no es enseñar a las máquinas a pensar, sino enseñarnos a pensar con ellas sin olvidar quiénes somos. Debemos construir una universidad que no tema a la IA, pero que tampoco le delegue la sensibilidad ni la imaginación.

Necesitamos crear un futuro donde programar sea también un acto de justicia y de inclusión: un horizonte donde las niñas, adolescentes y mujeres encuentren en la ciencia y en la tecnología un espacio para narrar sus propias historias, escribir sus propios algoritmos y redefinir qué significa la inteligencia.

Proyectos educativos con enfoque STEM pueden ser mucho más que estrategias de innovación; son semilleros de autonomía, espacios donde las estudiantes aprenden no sólo a usar la tecnología, sino a intervenirla, reescribirla y orientarla hacia el bien común. Cada línea de código puede ser una declaración política, una forma de decir “aquí estoy” en un lenguaje que durante siglos les fue ajeno.

El reto no es sólo alfabetizar en lo digital, sino democratizar el poder de programar, para que la inteligencia artificial deje de ser un espejo de desigualdades y se convierta en un terreno fértil para nuevos saberes, cuidados y comunidades. Así, programar será también un acto de creación y de transformación social, donde cada estudiante —sin importar su género, origen o contexto— pueda participar en el diseño de los mundos que habitaremos.

Referencias

- Batthyány, K. (2015). *Los tiempos del bienestar social: Género, trabajo no remunerado y cuidados en Uruguay*. Doble Clic / CIEDUR. https://www.ciedur.org.uy/site/wp-content/uploads/2021/06/Ciedur_Los-tiempos-del-bienestar-social.pdf
- Benjamin, R. (2019). *Race After Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code*. Polity Press. <https://www.wiley.com/en-us/Race+After+Technology:+Abolitionist+Tools+for+the+New+Jim+Code-p-9781509526437>
- González, L., & Jiménez, M. (2023). *Desigualdad lingüística en la producción científica: el predominio del inglés en la era digital*. Ciencia UNAM. <https://www.ciencia.unam.mx>
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599. <https://doi.org/10.2307/3178066>
- Harding, S. (1991). *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*. Cornell University Press. <https://doi.org/10.7591/9781501712951>
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of Oppression: How Search Engines Reinforce Racism*. New York University Press. <https://nyupress.org/9781479837243/algorithms-of-oppression/>
- ONU Mujeres. (2024). *Placing gender equality at the heart of the Global Digital Compact*. United Nations Entity for Gender Equality. <https://www.unwomen.org/sites/default/files/2024-03/placing-gender-equality-at-the-heart-of-the-global-digital-compact-en.pdf>
- Suchman, L. (2007). *Human–Machine Reconfigurations: Plans and Situated Actions* (2nd ed.). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511808418>
- UNESCO. (2021). *Recomendación sobre la Ética de la Inteligencia Artificial*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000381137>
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina. https://www.redalyc.org/pdf/136/13628944009.pdf?utm_source=chatgpt.com
- Wajcman, J. (2004). *TechnoFeminism*. Polity Press. https://scalability.airgallery.org/wp-content/uploads/2020/12/JudyWajcman_TechnoFeminism.pdf?utm_source=chatgpt.com